

UN ADEMAN POETICO

Escribe: MARIO RIVERO

La poesía es uno de los mayores logros de la inteligencia. El hombre tiene indudablemente, la posibilidad de estar, a través de ella, en relación con la totalidad del universo. El poeta, más fácilmente que el letrado o el simple hombre de la calle, se da cuenta de que el mundo está vibrante de asuntos, que hay milagros, maravillas y cosas espantosas. El poder de la observación y la videncia se ha perfeccionado en él, hasta extremos insospechados. Pertenece a la extraña generación de hombres que tienen conciencia de las cosas nimias. A los husmea-cosas. A los espectadores puros.

Pero ningún espectador se interesa por el espectáculo de la misma manera que otro. Cada uno aporta a la contemplación sus propias categorías apreciativas y al recrearlo artísticamente, le hace determinadas exigencias o le asigna funciones determinadas.

La metáfora entonces tiene dos fines: o la explicación o el azul. Para unos el deber del artista es la verdad y sus obras constituyen una confesión y un testimonio. Hay otros, que realizando el formidable esfuerzo de escapar a los modos de pensar admitidos, consideran su misión derogar el pasado, cancelando y extirpando la herencia espiritual y mostrándonos que el arte puede ser sentido, pensado y expresado al nivel del hombre ordinario. Hay pues, quienes se erigen en testigos de su tiempo y quienes se consideran precursores de tiempos por venir. Pero entre estos extremos, hay otros que obedeciendo a un temperamento fundamentalmente literario, consideran que la literatura es lujo y no pan. En este nivel se origina una literatura, que no cala muy hondo ni golpea muy fuerte, pero precisamente por esto, se identifica con un "estar" blando, sensual y azucarado, fácilmente comunicable a todos los hombres.

Para una interpretación profunda del espíritu de una poesía, la erudición literaria no es suficiente. Es necesario apelar a la sensibilidad y a la clarividencia. No considerar la literatura en sí misma, sino llegar al fondo, a la esencia misma de los fenómenos poéticos, para encontrar la clave que defina los oscuros factores de su génesis y de su subconciencia.

El misterio es con frecuencia un producto de alquimia literaria. Se abre de improviso, como en un encantamiento la puerta secreta y por la ruta de lo maravilloso, por los caminos del sueño, nos encontramos con el logro

poético. "Solo en la última todos están de acuerdo, tarde o temprano, con el reloj dormido o en marcha. ¡No en vano las horas!". Premonición. Subjetividad indescifrada y hondo sentido dramático en estos versos de Alfonso Bonilla Naar, médico y poeta. Más allá está el misterio. Más acá la lucha cuerpo a cuerpo contra el peso y las tinieblas de la materia. Pero frente al enigma está un hombre. Alguien que no desespera nunca del poder del espíritu.

El eje de su poesía es la arcilla humana. Sus elementos la ternura, los ancestros, los sueños... En imágenes facetadas, limpias y fulgentes, este viajero de las cosas, va fácilmente de la mariposa al árbol, del árbol al "mendigo que le dejó su testamento al viento", recorriendo con su tacto de hombre todos los rincones del día, y transmutando con alada magia verbal, las cosas más sencillas en estampas de feérica y alucinada belleza. Nos habla así, del mar amanecido en sus pantuflas, de la hoja que se cansa de hacerle señas a todos y nadie le responde, de la mujer que le intuye con su olfato de hombre dorándose en la playa, pero con maravillosa inocencia toda sensualidad la resuelve, filtra y purifica en una exaltación de ternura.

De su poesía se desprende un sedante fluido. Está exenta de satanismo. Tampoco nos entrega ni pesimismo ni desesperación. En ella hay más alegría que dolor. Más claridad que sombras, correspondiendo así a su sentimiento de la vida a su actitud ante el universo. No nos lleva de la mano a las alturas del pensamiento desde donde solo se perciben tinieblas, sino que nos sumerge en las olas del prodigio verbal, desprovisto de acentos corrosivos y cargado en cambio de intensidad humana y alta significación estética.

La forma es como el pensamiento desnuda, plástica, serena. Es de algún extraño modo, como si el artista quisiera superar al discípulo de la razón, evadiéndose de su mórbido ámbito, para nutrirse apasionadamente de vida, de salud, de cósmica energía.